

EL SABIO HIPÓLITO UNANUE

Figura de la revolución médica y amante del país

THE SAGE HIPÓLITO UNANUE:
A central figure of the medical revolution and a devoted patriot

JOSÉ ESQUIVEL-GRADOS ¹

¹ Universidad Nacional José Faustino Sánchez Carrión, Perú

ABSTRACT

This article examines Hipólito Unanue as a pivotal figure linking Enlightenment science with Peru's republican nation-building. In medicine, he drove the modernization of teaching and clinical practice through institutional design, updated curricula, and scientific outreach, aligning territorial observation, public health, and professional ethics. His intellectual work, embedded in scholarly networks and enlightened press, turned medical knowledge into a tool for social reform. In parallel, his political and civic engagement made him an agent of emancipation, providing technical judgement, leadership, and a public-minded ethos to the emerging state. We argue that his legacy crystallizes the passage from colonial science to patriotic science, where "healing bodies" and "healing the nation" form a single civilizational project. The study proposes reading Unanue as a physician-statesman, a useful lens to rethink how expert knowledge, citizenship, and public policy interrelate.

KEYWORDS: *Enlightenment medicine; public health; enlightened press; Peruvian independence; patriotic science.*

RESUMEN

El artículo examina a Hipólito Unanue como figura bisagra entre la ciencia ilustrada y la construcción republicana del Perú. Desde la medicina, impulsó la modernización de la enseñanza y la práctica clínica mediante institucionalidad, currículo actualizado y divulgación científica, articulando observación del territorio, salud pública y ética profesional. Su acción intelectual, vinculada a redes de erudición y prensa ilustrada, convirtió el conocimiento médico en herramienta de reforma social. En paralelo, su intervención en la esfera política y cívica lo situó como actor de la emancipación: aportó criterio técnico, liderazgo y sentido de bien común a la arquitectura del nuevo Estado. Se denota que su legado sintetiza el tránsito de una ciencia colonial a una ciencia patriótica, en la que "curar cuerpos" y "curar la patria" forman un mismo proyecto civilizatorio. El estudio propone leer a Unanue como modelo de médico-estadista, útil para repensar la relación entre saber experto, ciudadanía y políticas públicas.

PALABRAS CLAVE: *medicina ilustrada; salud pública; prensa ilustrada; Independencia del Perú; ciencia patriótica.*

Recibido: 12/ 10 / 2025
Aceptado: 11/ 12 / 2025

1. Introducción

En la historia de fines de la colonia e inicios de la vida republicana del Perú, pocas figuras encarnan con claridad meridiana la unión entre ciencia y amor al país como Hipólito Unanue y Pavón (1755-1833), un personaje que nació en Arica en un contexto de estrechez económica, pero se forjó a sí mismo mediante el estudio y la disciplina, transitando desde los claustros de Humanidades en Arequipa y Cusco hasta consolidarse en Lima, donde robusteció su figura como el máximo renovador de la medicina peruana, la ciencia y la literatura. Era necesario un viraje ineludible en una época en la que la práctica médica se hallaba atrapada entre prejuicios medievales, supersticiones cósmicas y escasas políticas de higiene de la administración virreinal (Alayza Escardó, 1992). Fue precisamente en esas circunstancias que Unanue emergió como un reformador ilustrado de la formación médica, desde un conocimiento con lucidez del “estado calamitoso del Perú” en materia sanitaria.

Con visión institucional, convenció al virrey de turno la creación del Colegio de Medicina de San Fernando en 1808, convirtiéndose en el primero en su género en Sudamérica que contó con aulas, laboratorios y currículo moderno, donde se introdujo cátedras inéditas como Anatomía Experimental, Botánica Médica y Ética Profesional, dignificando una profesión entonces relegada “entre barberos y charlatanes”. Pero su acción no se limitó a los claustros, puesto que desde el *Mercurio Peruano* difundió una ciencia comprometida con el conocimiento del país, y desde la Sociedad de Amantes del País impulsó la construcción de una identidad nacional sustentada en el saber.

Si bien en sus inicios mantuvo vínculos con autoridades virreinales, su propósito constante fue el bienestar de la gente y su amor profundo por su país, como indica Porras Barrenechea (1974); una actitud que la convirtió en colaborador activo del proceso emancipador, respaldando primero a San Martín y acompañando después a Simón Bolívar en momentos críticos para el llanero, fortaleciéndole su salud y su proyecto emancipador. Su contribución a la Independencia fue la del ciudadano ilustrado que concibió la libertad no solo como un acto militar o político, sino como un proyecto civilizatorio, donde la salud pública y el conocimiento científico eran considerados pilares de la nueva Nación.

En este artículo se propone analizar a Unanue no solo como un médico ilustrado de trayectoria excepcional, sino también como un agente clave en la gestación del pensamiento nacional peruano, cuya obra científica se articuló de manera inseparable con el proyecto político emancipador. Se sostiene que la medicina, en manos de Unanue, dejó de ser una práctica empírica subordinada al orden colonial para convertirse en una herramienta de reforma social y construcción de un Perú nuevo, por medio de la institucionalización de la enseñanza médica, la divulgación del conocimiento a través del *Mercurio Peruano* y su participación directa en los procesos políticos independentistas. Así, se argumenta que su legado debe ser comprendido no sólo en términos biográficos, sino como ejemplo paradigmático del tránsito de la ciencia colonial a la ciencia nacional, donde curar cuerpos y curar la patria fueron partes de un mismo proyecto civilizatorio.

2. Metodología

La investigación se desarrolló bajo un enfoque cualitativo de tipo bibliográfico-documental, orientado al análisis interpretativo de fuentes escritas sobre la vida, obra y pensamiento de Hipólito Unanue. Para ello, se realizó, en primer lugar, una revisión sistemática de literatura en bibliotecas digitales académicas (Scielo, RedALyC, JSTOR, Dialnet y Google Scholar) que no necesariamente abundan, así como en entidades, como el Archivo General de la Nación, la Biblioteca Nacional del Perú, revistas y bibliotecas particulares. Se seleccionaron libros y artículos científicos, discursos, cartas, ensayos médicos y otros documentos, priorizando ediciones responsables y estudios que analizan la contribución científica y patriótica del sabio peruano.

La información recolectada fue organizada en matrices temáticas para identificar patrones discursivos y categorizar los aportes de Unanue en dos ejes principales: (1) Su papel como revolucionario médico, destacando sus contribuciones en salud pública, institucionalización de la enseñanza médica y modernización científica del virreinato; y (2) su identidad como amante del país, evidenciada en sus acciones políticas, escritos patrióticos y defensa de la identidad criolla en el proceso emancipador. El análisis se efectuó mediante técnicas de interpretación histórico hermenéutica, triangulando los aportes de diversos autores de diversas profesiones para reconstruir la figura de Unanue como símbolo de ciencia y nación.

3. Resultados

3.1 *El sabio, su obra y la revolución médica*

En la época del virreinato e inicios del periodo republicano, Arica era territorio peruano. Precisamente, en San Marcos de Arica nació Hipólito Unanue el 13 de agosto de 1755 en un hogar caracterizado por la estrechez económica. Su padre fue comerciante que perdió su pequeña embarcación días antes que naciera el futuro sabio. En su niñez fue trasladado a Arequipa y Cuzco, donde estudió Humanidades, para luego llegar a Lima en 1780, año que empezó a agitarse el movimiento social en Tinta, Cuzco, con Túpac Amaru II y que fue el punto de inflexión en la Emancipación peruana y suramericana.

En un escenario convulso por el anhelo de libertad, la realidad médica de fines de la colonia era de cuidado. No obstante, los progresos médicos en Europa, en el virreinato peruano la Medicina distaba de apreciarse como una disciplina científica y conservaba los prejuicios medievales, las influencias cósmicas y divinas, lo que impedía su progreso. Ni qué decir de las cirugías, que no era labor de galenos por ser considerada “actividad de baja jerarquía intelectual, oficio propio de barberos y charlatanes” (Arias-Schreiber Pezet, 1972, p. 25).

La higiene en el virreinato distaba de ser una política pública y era totalmente rudimentaria, lo que favorecía la proliferación de enfermedades, como la viruela, verruga y sarampión (Alayza Escardó, 1992; Valdizán, 1925). La población indígena que era obligada a trabajar en las minas y los negros que laboraban en las haciendas costeras eran víctimas de enfermedades infecciosas, como tuberculosos y paludismo. Y la mortalidad infantil era alta, como lo era la materna, porque los partos simplemente estaban bajo el cuidado de parteras empíricas o “comadronas”.

Ante la evidente desatención a la salud, el joven Hipólito decidió estudiar Medicina en la Universidad de San Marcos, una tarea que la compartió con sus actividades de preceptor.

“Pronto se distinguiría en sus estudios llegando a gozar de la preferencia de algunos de sus maestros, entre ellos Cosme Bueno, Gabriel Moreno, y Francisco de Rúa” (Cayo Córdova, 2003, p. 465). El doctor Bueno era titular de la cátedra de Método de Medicina y cosmógrafo mayor del virreynato.

Su pasión por el estudio la hizo destacarse con nitidez, ya sea como estudiante o como facultativo, ganándose el aprecio de figuras de talento nacional, como el sabio Cosme Bueno quien “lo acogió con paternal afecto y le franqueó el acceso a su valiosa biblioteca” (Álvarez Carrasco, 2018, p. 2018). Precisamente, Hipólito no estudió Medicina con el común de los jóvenes recurriendo a escuchar las cátedras sanmarquinas: Prima de Medicina, Vísperas de Medicina, Método Galénico y Anatomía, para memorizarlas, comentarlas o absolver interrogantes de los maestros. Optó por un procedimiento de estudios no escolarizados de la mano de dos notables maestros que no eran parte del Protomedicato.

Como se ha indicado, uno de sus maestros de tan singulares estudios fue el sabio Cosme Bueno, que se desempeñaba como cosmógrafo mayor, redactor de un almanaque oficial y catedrático de Prima de Matemáticas, y que no sólo brillaba en el campo de la Medicina, sino también en las Ciencias Físicas, la Astronomía y las Matemáticas. El otro maestro fue Gabriel Moreno, médico y sacerdote, discípulo de Bueno, quien presentó a su alumno Unanue ante el Tribunal del Protomedicato como candidato a doctor en Medicina (García Cáceres, 2010; García Rosell, 1978). No cabe duda que, el talento del discípulo y el de sus dos maestros hicieron del destacado joven una lumbrera de la Medicina peruana, que “produjera una envidiosa animadversión en los altos círculos de San Marcos” (García Cáceres, 2010, p. 77).

En 1783 se bachilleró e inmediatamente ganó por concurso la cátedra de Prima. En 1786 ofreció el juramento hipocrático para ejercer la profesión médica y dos años más tarde ya ocupaba la cátedra de Método Galénico. La labor académica la compartía con la práctica profesional, deslumbrando por su atención a sus pacientes “que hallan en él un médico acertado, dotado de excepcionales cualidades para la profesión” (Cayo Córdova, 2003, p. 466). El perfil médico de Unanue marcó el sello del nuevo profesional de la salud en el crepúsculo de la colonia.

El año de 1788, aparecía Unanue con el grado de doctor en Medicina y figuró como tal en la tesis de su discípulo Landaburu. Valdizán (1926), citado por Lastres (1950), basado en datos del “Mercurio Peruano”, fija el grado de doctor el 9 de enero de 1786 y en 1787, obtuvo por oposición la cátedra de Anatomía en San Marcos. Mientras que el médico sabio se posicionaba en el mundo académico limeño, en este año en las alturas de los Andes, en Huamachuco, venía al mundo José Faustino Sánchez Carrión, el devoto de la libertad. Ambos marcaron un hito trascendental en la Independencia del Perú en 1824; pero, antes, desde 1822 compartieron el hemiciclo legislativo como diputados que dieron al Perú su primera Constitución Política en 1823 (Esquivel-Grados, 2025).

Hipólito Unanue tuvo el acierto de apoyarse en dos sucesivas gestiones virreinales, la de Francisco Gil Taboada y Lemos, y la de Fernando de Abascal, dos altos funcionarios de espíritus cultos, que no pusieron obstáculos ante su talento médico, pues siempre activaron la llama viva del peruano ilustrado (Alayza Paz Soldán, 1934). Sin la presencia de estos hombres, devotos del saber, otra hubiera sido el desenlace del genio, ya que en múltiples ocasiones España tuvo como representantes a virreyes crueles.

En el campo médico, cumplió un rol gravitante como fundador de la Epidemiología peruana (Murillo, 2009; García Rosell, 1978) donde convergieron su saber de médico y de

cosmógrafo (Álvarez Carrasco, 2018); pero, por su condición de polímata, Unanue trasvasó las fronteras de la Medicina, abarcando las Ciencias Naturales, especialmente en los campos de la Meteorología y el Naturalismo.

Logró el apoyo del virrey Gil de Taboada para la creación del Anfiteatro Anatómico de la Universidad de San Marcos (García Cáceres, 2010), que fue inaugurado el 21 de noviembre de 1792, ocasión en la cual Unanue leyó un discurso titulado “Decadencia y restauración del Perú”, donde mostraba su preocupación por un Perú que demandaba un nuevo porvenir. Esta obra terminó por encumbrarlo definitivamente dentro del ambiente intelectual limeño, que convirtió al Anfiteatro en un peculiar centro de docencia.

A inicios del siglo XIX, producto de su diagnóstico de la salubridad en la ciudad, donde los templos de Lima se convirtieron en nauseabundos cementerios, Unanue influyó en el virrey Fernando de Abascal para que se construya el Cementerio General de Lima, el que fue inaugurado en 1808 (Casalino Sen, 1999; Lastres, 1950) y que luego adoptó el nombre de su diseñador, el arquitecto y presbítero español Matías Maestro. Ciertamente, en su preocupación por atender la salubridad y espiritualidad, los talentos del sabio y del presbítero estuvieron pragmática, ideológica y espiritualmente unidos al primer gran cementerio de Lima.

Cuando Unanue ya era médico de sólida preparación, sus cercanas relaciones con familias pudientes, como la de los Landaburu y los Carrillo Salazar, le permitieron contar con selectos clientes, a quienes atendía con esmero desde una política personal de formación personal continua con abundante material bibliográfico traído del viejo continente; como refiere Lastres (1950), el experto en Medicina, a la par fue un personaje culto que se nutrió del pensamiento de Rousseau, D’Alembert, Descartes y otros. Es decir, bebió de las fuentes de estos pensadores fundamentales de la Ilustración que sentaron las bases del liberalismo, la democracia y la ciencia moderna.

En 1807, el virrey Abascal designó como protomédico interino al doctor Unanue, luego que le negó tal posición en 1801. Este episodio marcó la tradición hasta 1843, donde los protomédicos fueron designados a dedo por los distintos gobernantes de turno; tal nombramiento del alto funcionario se dio “en consideración al distinguido mérito, talento y reconocimiento que tiene acreditados”, tal como indica el respectivo decreto virreinal (García Cáceres, 2010, p. 144). Esta nominación coronó la ilustre carrera del inquieto galeno, investigador e intelectual, que se aprestaba a reformar la educación médica.

Sus desvelos por la salud lo llevaron a realizar estudios y diagnósticos, tal como se refleja en las descripciones que hizo sobre las causas de las epidemias que devastaron el virreinato; así como, lo concerniente a la influencia del clima en la salud de la gente. Como amplio conocedor de la realidad médica de su tiempo, el 29 de noviembre de 1806, Unanue dirigió un memorial solicitando al virrey Fernando de Abascal la creación de un Colegio de Medicina, para hacer frente al “estado calamitoso del Perú y los grandes males que sufría por la falta de buenos médicos” (Unanue, citado por Avendaño Hübner, 1983, p. 9). El 1 de junio de 1808 se inició con la construcción del local del Real Colegio de Medicina y Cirugía San Fernando en la antigua plazuela de Santa Ana y bajo la dirección del arquitecto Presbítero Matías Maestro.

El 21 de enero de 1809 se inició la formación médica con un plantel docente integrado por el mismo Hipólito Unanue junto a Miguel Tafur, José Vergara y José Pezet (Avendaño Hübner, 1983). Con nuevo ambiente y ya encaminado el Colegio en flamante local, los primeros exámenes de admisión ocurrieron el 1 de octubre de 1811 con la concurrencia de



autoridades políticas y universitarias (García Rosell, 1978). Es así que, por primera vez el Perú y Suramérica tenía un Colegio de Medicina equipado con aulas, laboratorios y gabinetes de trabajo, más una selecta plana docente. El plantel se denominó San Fernando, sin llegar a determinarse si fue en honor al virrey Fernando de Abascal y Souza, o de algunos de los Fernandos de las dinastías reales españolas; nombre que fue sustituido por Colegio de la Independencia luego de iniciada la etapa republicana y que en 1856 se convirtió en la Facultad de Medicina de la Universidad de San Marcos.

Unanue esbozó el currículo para la enseñanza médica, acorde a sus principios hipocráticos y los progresos médicos de Europa. Introdujo una serie de disciplinas que en la Universidad Decana de América eran desconocidas, tales como Anatomía Experimental, Farmacia, Fisiología, Medicina General, Disección Anatómica y Botánica, considerando las plantas medicinales oriundas del Perú. Asimismo, estaba presente la Disección Anatómica que ya tenía presencia desde tiempo de su Anfiteatro y La Ética Profesional para revalorar la profesión de los médicos que cayó en el desprestigio en la época colonial (García Cáceres, 2010; García Rosell, 1978).

Fue el primer rector innovador Colegio de Medicina el doctor Fermín Goya, pero también destacaron, entre otros, Francisco Javier de Luna Pizarro y Cayetano Heredia (Esquivel-Grados & Bonilla-Asalde, 2024; Alayza Paz soldán, 1934). Unanue, en 1814, “Al partir a Europa, dejó el Colegio recién formado, en manos de otro médico, modesto y eminente, cual fue Miguel Tafur” (Lastres, 1950, p. 55). En su estancia en España, logró ser reconocido por la misma corona.

La obra médica de Unanue en San Fernando fue innovadora y trascendente (García Cáceres, 2010), pues “advierte el rol preponderante que da a la enseñanza de las Ciencias Naturales en la educación del futuro médico. La Botánica, la Física, la Química y la Mineralogía, serán la piedra angular del futuro edificio médico” (Lastres, 1950, p. 63). Para el promotor sanfernandino, la innovación en la formación médica debía estar aparejada por la labor científica, como lo hace notar Basadre (1981): “La Medicina en Unanue no fue sólo tarea profesional sino, ante todo, actitud científica” (p. 205).

La inclinación a la investigación empírica en vez de la especialización teórica marcó la pauta unanuista, ya que es mejor lo concreto que lo abstracto (García Cáceres, 2010). Basadre (1981) amplía la lista de cátedras referidas previamente, indicando que en el *Quadro sinóptico de las ciencias a enseñarse en San Fernando de Lima* se incluyó Matemáticas, Física, Química, Mineralogía, Anatomía, Zoonimia, Psicología, y dentro de los estudios de Medicina Práctica, Clínica Operatoria, Obstetricia y Farmacéutica, y Medicina Peruana. Se trató verdaderamente de un plan de estudios revolucionario, que reflejó la amplitud de su pensamiento médico.

El Colegio de San Fernando cuando ya no gozaba de fama, en el periodo de 1825 hasta 1842, los infaltables detractores y suspicaces trataron de echar abajo la obra del fundador, cuando yacía veterano y sin poder político (García Rosell, 1978). A estas personas, poco les importó reconocer que Unanue concibió e implementó la formación integral del médico, considerándola una línea directriz que enaltecía la profesión médica, venida a menos en la colonia. Como destaca Lastres (1950): “Al erigir el Colegio, no sólo se preocupó en la parte técnica, sino del sentido moral del educando, base indispensable para llevar con decencia la profesión de médico” (p. 68).

En 1828 desde el Congreso se trataba de reformar la Instrucción Pública y se hizo la propuesta de suprimir las cátedras de Historia Natural, Farmacia y Matemáticas, por

considerarlas “superfluas o de mero lujo”, desmantelando de este modo las propuestas del currículo médico de cuando se fundó la Escuela, lo que generó la respuesta airada del sabio Unanue, quien consideró que, con estas medidas en vez de mejorar se va a empeorar la carrera médica, “formando medicastros” (Lastres, 1950). Quinquenios más tarde, tuvo que llegar el Colegio a manos de Cayetano Heredia, el discípulo de Unanue, para que retome el sendero de la gloria y el progreso (Esquivel- Grados & Bonilla-Asalde, 2024).

Cabe precisar que, el siglo XVIII fue un periodo caracterizado por una serie de reformas en distintos campos, dando paso a nuevos moldes que negaban a otros que se mantuvieron invariables durante siglos. A estos cambios contribuyeron las expediciones científicas que llegaron al Perú y dieron lugar a los adelantos suscitados en Europa en el campo de la Medicina y otras ciencias (Alayza Escardó, 1992). Como efecto de las muestras científicas de los expedicionarios, se realizaron estudios desde la *Sociedad Amantes del País* y fueron publicados en su vocero, el “Mercurio Peruano”, donde destacó refulgente la figura de Hipólito Unanue, quien fue el autor del primer artículo de tan importante medio y lo tituló “Idea General del Perú”, donde destacó que el propósito es “hacer más conocido al país que habitamos”. Sus publicaciones aparecieron con el seudónimo de *Aristio* (Basadre, 1981; García Cáceres, 2010).

El “Mercurio Peruano”, auspiciada su fundación por el virrey Taboada y Lemos, se convirtió en una revista científico literaria de gran impacto en un sector de la sociedad virreinal que se sumaba a la ola de la emancipación. Alayza Paz Soldán (1934) destaca que este medio: “llevaba invívita la rebelión y, sin embargo, subsistió 4 años. Sus artículos no hablaban de política ni de emancipación, pero lógicamente inducían a ella. Eran puro americanismo” (p. 41). Ciertamente, los periódicos que fundó Unanue, como el “Mercurio Peruano” (1791) en el oscurecer colonial, siguieron otros en épocas también sombrías, el “Verdadero Peruano” y el “Nuevo día del Perú”, en los días desconcertantes del inicio de la vida independiente y en las horas aciagas de la guerra de la Emancipación (Basadre, 1981). En todos ellos, la pluma del sabio terminó por convertirse en la potente arma de un guerrero sin espada.

Unanue fue diligente secretario de la referida Sociedad, la encargada de nutrir con juiciosos trabajos la gran revista que alcanzó fama en el territorio virreinal y llegó hasta el viejo continente. Circuló el Mercurio apenas cuatro años, periodo suficiente para que vean luz doce copiosos volúmenes, donde refulgían los del secretario. Las autoridades virreinales se dieron cuenta que el medio ilustrado era un peligro porque propalaba ideas sobre la ilustración y el perfil físico-político del Perú. Esta situación trajo consigo que desapareciera la más importante revista del siglo cuando el régimen empezó a verse amenazado por la rebelión de Tinta en 1780 que lo condujo José Gabriel Condorcanqui.

Unanue a fines del siglo XVIII e inicios del XIX era una mentalidad consagrada. Desbordando los quehaceres médicos, sus esfuerzos estaban también direccionados a atender su curiosidad en los inexplorados mundos de las Ciencias Naturales en el Perú, la Geografía, la Historia y la Economía, así lo evidencia su notable producción científica: “Guía Política, eclesiástica y militar del Virreynato del Perú” (1793), “Disertación sobre la coca” (1794) y “Observaciones sobre el clima de Lima” (1806), así como cuantiosos artículos en múltiples medios. En materia de enseñanza, su eros pedagógico tuvo un norte marcadamente pestalociano: “Hombre, cristiano, ciudadano todos para los demás, para sí, nada” (Alayza Paz Soldán, 1934).

Hacia 1810, durante los años en que se urdían los afanes patrióticos, Unanue ya tenía en su haber la gloria de haber fundado el Anfiteatro Anatómico, el Colegio de Medicina de San Fernando, el haber sido colaborador en la Sociedad de Amantes del País y en el *Mercurio Peruano*, el haber sido designado protomédico del virreinato, además de haber divulgado sus valiosos libros, fruto de sus investigaciones. Lo indicado retrata al culto ariqueño como un ciudadano que hizo un bien ponderado al Perú. Como destaca Porras Barrenechea (1974), el prohombre “pudo haberse abstenido de toda participación en las agitaciones revolucionarias y en los trastornos políticos de la primera época republicana, sin que amenguara en nada su mérito de forjador de la nacionalidad” (p. 115).

El año de 1814, Hipólito Unanue viajó a España, que se encontraba aún conmovida por la invasión francesa a la península. En la capital española logró el desembargo de los bienes de su discípulo el acaudalado Landaburu, quien fue desterrado por plegarse a la causa napoleónica y hasta falleció. A su retorno al Perú, el virrey Abascal lo nombró depositario de los bienes embargados a los Landaburu haciéndose de considerable fortuna. En 1815, hasta logró que el rey Fernando VII lo nombre médico de su Real Cámara (Lastres, 1950). No obstante, su contundente reflexión en torno a la realidad poco auspiciosa del virreynato que la plasmó en 1792 en su discurso intitulado “Decadencia y restauración del Perú”, fue respetado y valorado por la más alta casta política colonial.

3.2 El benemérito en la emancipación americana

En su juventud, todo indica, que en Unanue no palpitaba las ideas de liberalismo, pues era amigo cercano de virreyes, su consejero y hasta secretario de la delegación en las conferencias de Miraflores con el emisario del general San Martín en las horas aciagas para los funcionarios españoles. Sin embargo, sí palpitaba fuerte en el sabio su amor al país en sus ensayos nutridos de peruanidad en el *Mercurio Peruano*, un medio que nació para conocer y estudiar al país. Porras Barrenechea (1974) destaca: “Mucho más significativo que calificar a Unanue de “patriota”, en el sentido que tenía esta palabra en 1821, o de revolucionario, o de conspirador, es señalar aquello que hubo en él de más perdurable y auténtico: Unanue amante del país” (p. 117).

El hijo ilustre de Arica fue un preclaro ciudadano amante del servicio de nobles causas. De modo que, cuando el país requirió de sus concursos, bien se acomodó para servir a la Patria, como lo hizo con el manejo escrupuloso de los recursos de la hacienda pública; ahí estuvo, a lado de San Martín y de Bolívar, desempeñando tal misión de administrador de los caudales desde su condición de hombre virtuoso, en su condición de abnegado ministro.

El haber servido al país con distintitas administraciones es apreciado por algunos críticos como un personaje no definido y de actitud oscilante, ya que trabajó con el despótico virrey Joaquín de la Pezuela, estuvo cerca del proyecto monárquico de San Martín y del republicanismo de Bolívar; pues, pareciera que, de adicto a la corona hispana, viró con facilidad al accionar de lado del Protector y el Libertador. Pero, en cada caso, lo hallamos haciendo el bien al país desde sus mayores virtudes, la honradez y el servicio, ya sea como cosmógrafo, protomédico y diputado a las Cortes durante el virreinato, o como ministro de hacienda, diputado o miembro del Consejo de Gobierno. De ahí que, el calificativo de amante del país es el pertinente, como bien lo destaca Porras Barrenechea.

El análisis de las diversas actitudes de Unanue no evidencia pusilanimidad, como destaca Basadre (1981). No optó por la conveniencia de vivir con placidez como estaba a su

alcance producto de su prestigio médico y sus bienes, además de contar con buenas relaciones con el poder político de turno, más al contrario se adhirió a las causas de la Emancipación imbuido por su comprobado nacionalismo e interesado en forjar un mejor porvenir para el Perú amado; de ahí que, él estaba dedicado a encarar las adversidades durante las tormentas que enfrentó el Perú en 1823 y 1824. No rehuyó a los infortunios de la Patria y estuvo listo para servirla ante los llamados en diferentes circunstancias, merced a su comprobada preparación y honradez.

En los momentos en que los patriotas toman la capital, Unanue firmó el Acta de Proclamación de la Independencia del Perú, cuyo grito acaeció el 28 de Julio de 1821. Unanue se puso al servicio de San Martín, desde el 13 de agosto siguiente fue designado ministro de Hacienda hasta el 21 de setiembre de 1822. De sus servicios prestados, el Protector mencionó en una de sus misivas: “El viejo honradísimo y virtuosísimo Unanue es uno de los consuelos que he tenido en el tiempo de mi administración” (citado por Archila, 1974, p. 39). El 23 de setiembre de 1822 ante la representación nacional leyó su memoria de ministro de Hacienda, un documento que revela los esfuerzos impares que hizo para que no naufrague el Estado en el mar de la escasez fiscal.

Alejado el hijo de Yapeyú del Perú, fue miembro del Congreso Constituyente. Como fue uno de los colaboradores del Protectorado, lo acusaron de monarquista porque ese era la forma de gobierno que auspiciaba San Martín (García Rosell, 1978); sin embargo, en su condición de diputado constituyente, sentó las bases democráticas y republicanas del Perú como ideólogo y uno de los redactores de la Constitución Política, junto al tribuno José Faustino Sánchez Carrión y otros insignes patriotas (Esquivel- Grados, 2025). Pero, como las huestes españolas invadieron nuevamente Lima mientras Bolívar y el ejército patriota estaba en el norte, así como las desavenencias entre militares patriotas, el 10 de febrero de 1824 el Congreso otorgó el poder dictatorial al Libertador y se autodisolvió. Es entonces que Unanue se declaró un explícito colaborador bolivariano.

En su viaje por| tierra al Norte Chico para encontrarse con Bolívar, que se encontraba en Pativilca en grave estado de salud, Unanue fue asaltado en la ruta y despojado de sus pertenencias; pero eso no impidió llegar a su destino. “Es el médico sapiente que le prodiga los cuidados de la ciencia y el amigo solícito que le lleva el mensaje personal e invaluable de su respeto y de su afecto” (Perazzo, 1975, p. 88). En el pueblito soledoso, el galeno más prestigioso logró “poner en práctica sus extraordinarios recurso de médico, venciendo a la enfermedad y dispensando al Libertador la posibilidad de seguir al frente del ejército patriota” (Cayo Córdova, 2003, p. 485).

“Bolívar calibra su fuste, a nada teme ni nadie lo arredra... Sánchez Carrión, Unanue y otros altos varones de la ilustre tierra de los Incas, acompañan al Libertador en esta transformación, en esa gran revolución de las conciencias” (Briceño Perozo, 1970, p. 141). Ninguna situación difícil desalienta al oficial caraqueño, que sólo prometió triunfar, y con más razón que se encontraba en compañía de Sánchez Carrión y Unanue, los dos peruanos civiles en quienes más confió el Libertador por su honradez y laboriosidad. “Con sus ciudades profesionales para el restablecimiento de la salud de Bolívar cumple en aquellos preciso instantes servicio sin parangón a su Patria y a los pueblos hermanaos del Continente” (Perazzo, 1975, p. 88)

Se trasladaron Bolívar con Unanue y Sánchez Carrión hacia Trujillo, la ciudad convertida en la chispa alentadora de la Independencia, y en todo momento estuvo de lado de la causa de la Emancipación. En esta primaveral localidad, haciendo gala de su talento de periodista, en la misma línea que el “Mercurio Peruano”, junto con Félix Devotti y José María

Falcón dieron vida a un medio que llamó “Nuevo Día del Perú” cuyo propósito fundamental era elevar el ánimo patriota (Basadre, 1981; Cayo Córdova, 2003; Llanos-Horna, 2010).

Tras el triunfo patriota en Junín y en afán de descentralizar las funciones del ministro universal José Sánchez Carrión, en octubre de 1824, el sabio Unanue fue electo ministro de Hacienda por el Libertador. Tras el triunfo de Ayacucho el 9 de diciembre de 1824, en 1825 fue nombrado vicepresidente del Consejo de Gobierno. Cuando Bolívar se retiró del país el 3 de setiembre de 1826, quedó encargado del mando supremo de la nación. Fue presidente del Consejo de Gobierno en funciones que dirigió los destinos del país en parte del bienio 1825-1826 en reemplazo de Bolívar que se encontraba de gira por el Alto Perú.

Tales encargos para dirigir instituciones o el país, constituyen el signo de mayor consideración a su honradez, dedicación y amor al país. Su obra al frente del Consejo de Gobierno, como la destaca Cayo Córdova (2003), se orientó a la organización del Estado y la atención a servicios básicos como la educación y de la salud, aperturando hospitales para atender grupos excluidos, vacunando para erradicar la viruela y disponiendo que en todo el país se construyan hospitales.

Por sus esforzados y esmerados servicios al país en los momentos más complejos de la conquista de su Independencia, Hipólito Unanue fue reconocido por el Congreso como Benemérito de la Patria en Grado Eminente, un reconocimiento que pocas personas lo recibieron por sus esforzados servicios a la Patria, como lo fue también el tribuno José Faustino Sánchez Carrión, principal colaborador civil del Libertador junto al galeno sabio, los dos peruanos a quienes Bolívar les tenía devoto respeto y confianza.

El ciudadano ejemplar que vivió los avatares de la política sirviendo a su Patria, al retirarse de la misma, hizo un llamado a hacer frente a los escabrosos enfrentamientos por el bien de la naciente República. Destaca en su aleccionadora reflexión intitulada “Mi retiro” escrita en 1826: “Salgamos ya, si es posible, de las borrascas políticas; y pues la Providencia nos ha salvado la vida en los naufragios, colguemos los vestidos todavía húmedos, para memoria de los pasados y lección de los venideros” (citado por Archila, 1974, p. 86). Tal era el llamado a superar adversidades y juntar esfuerzos colectivos por el bien del país al cual le dedicó su vida entera, sirviéndolo con moralidad sin cálculos ni aprovechamientos, como fue el perfil de este funcionario público paradigmático.

La trayectoria política del distinguido Unanue se prolongó por más de una década, a partir de 1812 que fue nominado diputado a las Cortes de Cádiz hasta 1826 que, como colofón de una serie de importantes cargos públicos, ejerció la presidencia de la República. Ciertamente es que, por dedicarse a la función pública, abandonó su clientela de reputado médico, su apostolado pedagógico, los destinos del Colegio de Medicina y hasta la administración de sus bienes. En su corta, pero agitada vida política, logró triunfos notables, como la consolidación de la Independencia Nacional, al mismo tiempo que las infaltables desafecciones de los malagradecidos.

En 1821, cuando estaba comprometido con la política, hizo un peculiar balance de su vida fructífera al servicio de nobles causas:

En 66 años de edad he consagrado 45 a enseñar a la juventud; he promovido establecimientos para su educación, he publicado obras y contribuido con mi pluma a cuantos periódicos se principiaron a dar a luz en 1791, época brillante de la literatura peruana. Sólo siento que la vida me sea corta para continuar mis trabajos y al mismo tiempo defender a mi Patria. (citado por Alayza Paz Soldán, 1950, p. 5)

La vida no fue corta, vivió lo suficiente como para honrar al Perú que amó como pocos. De ahí que, en la Historia, los justos reconocimientos salieron a luz. Bronce, instituciones y múltiples escritos perennizan al benemérito de la Patria. El monumento en el Parque Universitario de Lima es el notable símbolo de homenaje de la Nación al

prohombre, estructurado como un conjunto escultórico elaborado por el artista Manuel Piqueras Cotoí, fue inaugurado el 29 de julio de 1931 y declarado Patrimonio Cultural de la Nación en 2018. También, en 1949 un Hospital Nacional de Lima y en 1994 la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Federico Villarreal adoptaron por nombre “Hipólito Unanue”.

Lejos del Perú, el 20 de mayo de 1921, con motivo de celebrarse el centenario de la Independencia Nacional, la Unión Panamericana en Washington erigió en su “Salón de los Próceres” un bello busto de Unanue. Medio siglo más tarde, el 18 de diciembre de 1971 se fundó el Organismo Andino de Salud Convenio Hipólito Unanue, adscrito actualmente a la Comunidad Andina. Estos dos episodios, y los otros indicados previamente, son explícitos reconocimientos al galeno ecuménico, la muestra de una serie de homenajes merecidos al ilustre galeno, que el biógrafo y estudioso Lastres (1950) no dudó en catalogarlo como “La más grande figura de nuestro historial médico” (p. 48). Tal es la imagen procera del Padre de la Medicina peruana y prócer de la Independencia, cuyo legado sigue y seguirá vivo en la prestigiosa Escuela de Medicina de San Fernando y otras instituciones peruanas y continentales.

4. Conclusiones

Hipólito Unanue se configura, según el corpus revisado, como una figura bisagra que articula ciencia ilustrada y proyecto de Nación: su itinerario muestra que modernizar el saber médico, impulsar la investigación y fortalecer la divulgación fueron, para él, operaciones indisolubles de la Emancipación entendida como proyecto civilizatorio, donde salud pública y conocimiento sostienen al Perú libre y republicano, aunque en un momento de su vida apoyó el proyecto monárquico sanmartiniano.

Su contribución al país no fue meramente académica, sino institucional y pública. A partir del diagnóstico del “estado sanitario calamitoso”, promovió infraestructura y dispositivos de formación e innovación: el Anfiteatro Anatómico (1792) como centro docente, medidas de higiene urbana vinculadas al Cementerio General de Lima (1808), y el Colegio de Medicina de San Fernando (1808–1809), concebido con aulas, laboratorios y un currículo modernizador que incorporó Anatomía Experimental, Botánica Médica, Disección y Ética Profesional, elevando el estatus de la profesión y sentando las bases para una formación médica superior en el Perú independiente.

En paralelo, su obra intelectual y periodística operó como tecnología cultural de construcción nacional desde el Mercurio Peruano, y como parte de las redes ilustradas, el conocimiento médico-naturista y el “hacer más conocido al país” se convierten en una pedagogía pública que reordena imaginarios, promueve americanismo y proyecta una ciencia con sentido de pertenencia. Es el promotor de vindicar una Medicina peruana.

En el plano político-cívico, su perfil de “médico-estadista” se expresó en el tránsito hacia la República: firmó el Acta de Independencia Nacional, efectuó la atención clínica a Bolívar en Pativilca, brindó servicio como ministro de Hacienda (1821–1822; 1824–1825) en las horas difíciles de la guerra por la consolidación de la Emancipación peruana y suramericana. Estas responsabilidades sustentan su reconocimiento del Congreso como Benemérito de la Patria en Grado Eminente. Asimismo, se desempeñó en la conducción gubernativa (vicepresidencia del Consejo de Gobierno y encargo del mando supremo), con acciones orientadas a servicios fundamentales como educación y salud.

Los homenajes e institucionalizaciones posteriores (monumento, denominaciones hospitalarias y convenios regionales) confirman que su legado excede la biografía: propone

una ética de lo público donde saber experto, formación médica, comunicación científica y gobierno se retroalimentan. En clave contemporánea, Unanue ofrece un marco para repensar políticas sostenidas que vinculen universidades, salud pública y ciudadanía bajo criterios de probidad, evidencia y compromiso con el bien común.

La vida, la obra y el pensamiento de Unanue constituyen una fuente inagotable de la Historia peruana. Por eso, como línea para estudios posteriores, se sugiere desarrollar investigaciones histórico documentales y socio institucionales que reconstruyan, con fuentes primarias (archivos, actas, producción científica y literaria, prensa ilustrada, planes de estudio y correspondencia) el impacto verificable de sus ideas y las reformas que impulsó como indicadores de formación médica, prácticas sanitarias e institucionalización de la salud pública en el tránsito del Virreinato a la República, incorporando un enfoque comparado con otros proyectos latinoamericanos para precisar continuidades, rupturas y redes de circulación del conocimiento médico y científico.

Referencias

- Alayza Escardó, F. (1992). *Historia de la Cirugía en el Perú*. Monterrico.
- Alayza Paz Soldán, L. (1934). *Unanue, San Martín y Bolívar*. Librería e Imprenta Gil.
- Álvarez Carrasco, R. I. (2018). *Hipólito Unanue y el legado de la familia Landaburu* (2ª ed.). Fondo Editorial Comunicacional- Colegio Médico del Perú.
- Archila, R. (1974). *Unanue. Sinopsis biográfica comentada*. Caracas-Venezuela.
- Arias-Schreiber Pezet, J. (1972). *La Escuela Médica Peruana 1811-1972*. Universitaria.
- Avendaño Hübner, J. (1983). *Perfiles de la Medicina Peruana*. Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Basadre, J. (1981). *Peruanos del siglo XIX*. Ediciones Rikchay Perú.
- Briceño Perozo, M. (1970). *Historia Bolivariana*. Ministerio de Educación.
- Bustíos Romaní, C. (2002). *Cuatrocientos años de salud pública en el Perú: 1533-1933*. Consejo Superior de Investigación – Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Cayo Córdova, P. (2003). Hipólito Unanue. En H. Alva Orlandini (director), *Biblioteca hombres del Perú*, tomo I, vol. II (pp. 463-488). Universitaria.
- Casalino-Sen, C. (2005). Hipólito Unanue y la construcción del héroe: Análisis de la relación entre el Estado-nación y la sociedad peruana en su esfera cultural. *Anales de la Facultad de Medicina*, 66(4), 314-327. <http://www.scielo.org.pe/pdf/afm/v66n4/a09v66n4.pdf>
- Casalino-Sen, C. (1999). *La muerte en Lima en el siglo XIX: una aproximación demográfica, política, social y cultural* [Tesis de grado, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima]. <https://tesis.pucp.edu.pe/bitstreams/28290ff4-2f3d-4718-8e9c-20c8b3c9d5b7/download>
- Esquivel-Grados, J. (2025). José Faustino Sánchez Carrión: vida y legado de un Benemérito de la Patria. Autor/editor. <https://doi.org/10.13140/RG.2.2.27650.39365>
- Esquivel-Grados, J., & Bonilla-Asalde, C. (2024). Cayetano Heredia y la modernización de la formación médica peruana. *Medica Review. International Medical Humanities Review Revista Internacional de Humanidades Médicas*, 12(1), 24–30. <https://doi.org/10.62701/revmedica.v12.5415>
- García Cáceres, U. (2010). *La magia de Unanue*. Fondo Editorial de Congreso del Perú.
- García Rosell, C. (1978). *Hipólito Unanue (historia de un carácter)*. Minerva.

- Lastres, J. B. (1950). Hipólito Unanue. *Letras, órgano de la Facultad de Letras de la Universidad nacional Mayor de San Marcos*, 16(44), 48-69. <https://doi.org/10.30920/letras.16.44.6>
- Pacheco, J. (2008). Anales de la Facultad de Medicina. Un recuento, 1918 a 2008, con ocasión del 90° aniversario de la Revista. *Anales de la Facultad de Medicina*, 69(4), 278-286. <http://www.scielo.org.pe/pdf/afm/v69n4/a11v69n4.pdf>
- Perazzo, N. (1975). *Sánchez Carrión y Unanue. Ministros del Libertador*. Oficina Central de Información/ OCI.
- Porras Barrenechea, R. (1974). *Ideólogos de la Emancipación*. Milla Batres.
- Salaverry, O. (2005). Los orígenes del pensamiento médico de Hipólito Unanue. *Anales de la Facultad de Medicina*, 66(4), 357-370. <http://www.scielo.org.pe/pdf/afm/v66n4/a12v66n4.pdf>
- Salaverry García, O. (2016). Hipólito Unanue y la Medicina Topográfica. *Acta Herediana*, 57, 33-41. <https://doi.org/10.20453/ah.v57i0.2798>
- Salinas Flores, D. (2013). La ciencia de Unanue. *Revista Médica de Chile*, 141, 942-94 <https://www.scielo.cl/pdf/rmc/v141n7/art17.pdf>
- Valdizán, H. (1925). *La Facultad de Medicina de Lima*. Sin editorial.